

La presencia de Fidel en Encrucijada tiene un antecedente con cierto aire novelesco: Ángel Castro, el padre de nuestro querido Comandante en Jefe, había recorrido estas tierras en busca de un familiar muy allegado de su natal Galicia. En su desandar insondable y maravilloso, como su hijo, no pudo encontrar a quien se le había perdido en la confusión del viaje migratorio desde la madre patria hasta Cuba.

¿A quién buscaba Ángel? Este soñador y quijote andaba tras la huella de una nostalgia que le removía la imaginación de sus tiempos fundacionales en la aldea gallega.

En la década del 50 del siglo pasado el vástago Fidel llegaba al batey del antiguo central azucarero Constancia, hoy Abel Santamaría Cuadrado. Aquel joven alto e impetuoso recorría el callejón España, junto a su compañero Abel. Se había graduado de abogado y no usaba entonces la barba guerrillera que es todo un símbolo de justicia universal.

Para Benigno y Joaquina aquel muchacho era un amigo de estudios de Abel. Tal era la discreción de Abel con Fidel, tal era la premonición con quien iba a ser el líder del movimiento revolucionario 26 de julio.

Abel llegaba a confesarles a sus amigos más íntimos que no dijeran el nombre de su amigo en el batey. Y llevaba a Fidel al río Tuinicú para que hiciera prácticas de tiro, mientras la inseparable Haydeé escuchaba, con los ojos bien abiertos, los estallidos de los dos adelantados revolucionarios.

Los preludios del Moncada tuvieron su trazado histórico en aquel ambiente campestre y azucarero, a la vez que origen de una fidelidad sin límites a la patria y a Fidel de este hijo imborrable de Encrucijada.

Unos días antes del tañer de las campanadas de la mañana de la Santa Ana, Abel Santamaría regresaba a la casita de madera de Constancia y se reunía de nuevo con sus amigos. Guarden diez pesos que cuándo yo regrese de un mandado me los llevo para La Habana, les dijo. Justamente en La Habana, en 25 y O, Yeyé había reconocido lo que le había vaticinado su hermano: Que el jefe era Fidel.

En el periódico leyó Carol Amador el asesinato de Abelito en el Moncada, y siempre lo recordaba por lo bondadoso que era, lo buen estudiante y lo amable que era con el maestro Eusebio Lima, lo martiano que fue, lo buen compañero en los juegos de pelota.

Fidel Castro Ruz ejerce un magisterio visionario, poético y una memoria inenarrable entre los encrucijadenses. Y tal vez, mirando a través de los ojos del Abel que había nacido a las cinco de la mañana en esta casona renacida hoy, otro Moncada de renovación, de frescura en los tiempos que vivimos, se esté trazando en algún lugar de esta institución museológica, monumento y orgullo nacional.

Ángel Castro no pudo hallar a Joaquina Cuadrado, aunque la buscaba con el mismo cariño y la emoción con que jugaban en la aldea gallega donde nacieron. Y Fidel sigue despertando esclarecidas ideas de revoluciones, con su adarga y su barba venerable, para que el sueño de un mundo mejor pueda ser posible.